

1.° de Noviembre de 1905. Año II. N.° 45.

El bandolerismo en Andalucía

La estación de Setenil está á dos leguas del pueblo, y como éste se encuentra en una hondonada, no se divisa su caserío hasta que marchando por la vereda se halla uno muy cerca de él.

Por la vereda marchaba yo pensando en el modo de que mi presencia no inspirase recelos, ni mi máquina fotográfica, delatando mi condición, despertase alarma, que sin duda habrían de dificultar mis trabajos, cuando me encontré con una pareja de la Guardia civil que caminaba en sentido opuesto.

Deseoso de adquirir informes interrogué á los guardias, comenzando por confiarles la misión que me proponía llevar á cabo, á fin de que ellos me indicasen los medios de que me debía valer.

—Ya es difícil lograr lo que usted se propone. En Setenil, como en todos los pueblos en que el «Vivillo» causó víctimas, nada le dirán del famoso bandolero, ni aun aquellos que fueron objeto de sus robos, y mucho menos si presumen que es usted periodista, es decir, que de algún modo pueda usted contribuir á que sea descubierta y capturada la partida. Así es que lo mejor sería que se presentara usted como un fotógrafo ambulante que va á retratar por los pueblos...

—¿Pero tanto miedo tienen al «Vivillo»?

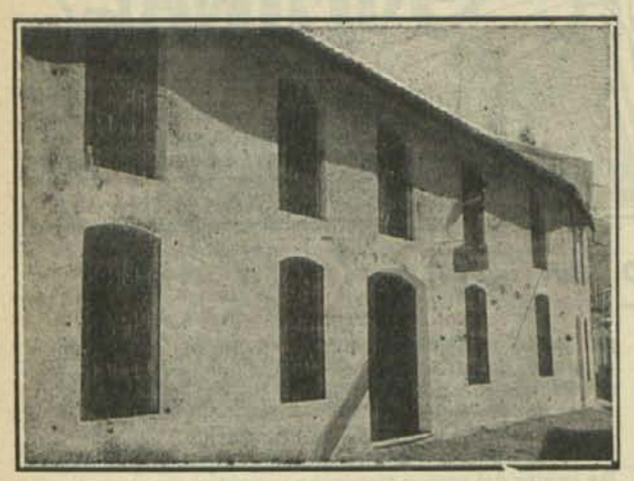
—Como á todos los salteadores, porque en paz con él las gentes del campo tienen que agradecerle sus generosidades y temen su venganza en el caso de una delación que nos ponga sobre la pista. Se da el caso de que, lejos de obtener una confidencia, tropezamos con el gravísimo inconveniente para conseguir su persecución, de que siempre nos dan informes falsos, indicándonos que debe encontrarse por sitios opuestos al en que efectivamente está.

—Entonces no será fácil capturarle.

—No, señor. Muy difícil. De poco ha de servir que marchemos en parejas atravesando campos y haciendo jornadas de cuarenta y ocho horas, durmiendo rara vez en un caserío: los que saben algo, callan, y los que hablan nos despistan.

La Guardia civil del puesto de Setenil que persigue á los bandidos, descansando durante un reconocimiento en la Sierra.

Las observaciones que me hicieron los guardias obtenían un momento después plena confirmación. Ya en la posada de la Victoria interrogué aparentando indiferencia y no obtuve ningún resultado positivo. La dueña del establecimiento y sus hijos me dijeron que nada sabían,



El parador de la Victoria, donde se ha hospedado el «Vivillo».

y únicamente algunos de los arrieros que descansaban en el zaguán, afirmaron que en aquella misma posada se había alojado muchas veces el popular «Vivillo». En cuanto á confidencias, no encontré medio de obtener la más insignificante. Al tratar este punto, mirábanse unos á otros recelosamente y concluían por decir que nada sabían.

Decidí aprovechar las últimas horas de la tarde hablando con los que en Setenil han sido víctimas del audaz bandolero. Pero fué infructuoso el resultado, porque ninguno se encontraba en su domicilio. Por la noche pude ver al alcalde D. Sebastián Guzmán. Llaméle aparte, subimos á una habitación de la posada, díjele que tenía el propósito de retratar á los robados y á él, por supuesto.

—No lo conseguirá usted seguramente —me contestó. Sospecharán que el «Vivillo» puede enterarse y temen su venganza.

—Pero interponiendo usted su influencia... Ese temor es completamente pueril...

—Sin embargo. Lo considero muy difícil.

—Usted por lo menos no se negará.

—Yo no. ¿Pero qué interés tiene mi retrato? Afortunadamente para mí, he librado el pellejo y la bolsa. Porque cuando robaron á mi primo Pedro, yo debía ir con él á la feria, pero dió la casualidad de que el día anterior vino un tratante con ganado y le compré el que necesitaba.

En vista de la ineficacia de mis gestiones decidí tomar otro rumbo y antes de amanecer me puse en marcha, caballero en un rocinante, que me costó trabajo adquirir, porque sabiendo que me proponía recorrer los pueblos cercanos, temían que me despojaran los bandidos de mi cabalgadura, si me encontraban.

Guiábame el deseo de ver si casualmente tropezaba con la partida del «Vivillo» y con este propósito me dirigí á Alcalá del Valle, donde reside José «el del Horno», una de las víctimas de los bandoleros.

Encontrábase aquél enfermo en cama á consecuencia de la impresión que le produjo la sorpresa de que fué víctima. Contándome el modo de que ésta se verificó, díjome que los bandidos le dieron el alto, amarrándole de tal modo que no podía hacer el menor movimiento, y que después de robarle dejáronle abandonado, hasta que, sorprendidos seis ó siete viajeros más y amarrados y desvalijados también, fueron librados de sus ligaduras por un vecino de Setenil que casualmente pasó por aquel punto algún tiempo después.

Salí de Alcalá continuando la jornada, atravesando campos y olivares, y de este modo caminé todo el día, informándome por los campesinos de la dirección que debía tomar. Visité El Gastor, Arriate, Puerto del Monte, Venta del Granada y otros pueblecitos cercanos, dando por terminada la excursión al anochecer, para pernoctar en Ronda.

En estos pueblos sólo pude adquirir la certidumbre de que no se trata de una sola partida, puesto que algunos de los robos de que se tiene noticia se han cometido en diferentes puntos y con tan escasa diferencia de horas, que hace suponer que no pudieron ser las mismas personas las que los ejecutaron.

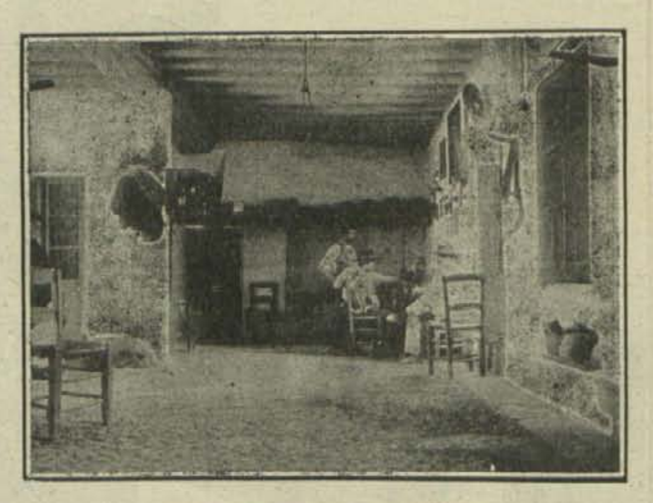
Indudablemente, aprovechándose del terror que las hazañas del «Vivillo» siembran en los poblados andaluces, se han formado otras varias partidas de salteadores que acometen á los viajeros acomodados para despojarlos de sus bienes.

Al amanecer del siguiente día púseme nuevamente en camino, tomando distinta dirección. También atravesando campos, pasé por Cañete, Alcalá la Real, Almargen y Campillo, invirtiendo en esto todo el día, y á última hora de la tarde, entre Fuente Piedra y La Roda, cuando ya desconfiaba del éxito de mis gestiones y me disponía á buscar un pueblecillo en que pasar la noche, atravesando un espeso bosque de encinas, escucho de pronto una voz enérgica y varonil que me daba el alto.

Casi al propio tiempo que fijaba la vista en un individuo que armado de escopeta se ponía delante de mí, observé algo más allá, al abrigo de los árboles, un grupo de hombres, tendidos unos, sentados otros, que parecían descansar. Algunos tenían escopetas, y ocultaban el rostro bajo el ala del ancho sombrero. Su porte era el de los trabajadores del campo. Junto al tronco de un árbol corpulento, en el que se veían apoyadas dos ó tres escopetas más, pacían cinco ó seis caballos enjaezados á la andaluza, como los que suelen llevar los contrabandistas. Algunos de ellos tenían mantas jerezanas, y las de otros servían de colchón á sus dueños, que dormían tranquilamente.

Confieso que al encontrarme con aquellos hombres, que desde luego me hicieron pensar en el «Vivillo», sentí impulsos de retroceder; pero mi caballo, lejos de obedecer la indicación que instintivamente hice con la rienda, dirigióse resuelto hacia el grupo.

El que me había dado el alto me preguntó qué hacía por allí, dónde me dirigía, y en tanto que iba respondiendo á sus preguntas, que no formulaba en tono de amenaza, vi que algunos de los del grupo se incorporaban y



Habitación ocupada por el «Vivillo».

desperezándose y sin conceder gran importancia á mi presencia, aproximábanse hacia mí.

—Iba buscando un pueblo en que pasar la noche—les dije—y si ustedes me hicieran el favor de indicarme el camino más corto...

—Se le dirá—añadió uno de ellos.—Pero, ¿cómo viaja usted solo por estos sitios y á estas horas, cuando tanto

se habla de partidas que sorprenden á cada paso á los caminantes?

—¿Y para qué habrían de sorprenderme á mí?

—¿No lleva usted dinero?

—Unas pesetas, que no pueden tentar la codicia de nadie.

—¿Y no lleva usted armas?

—Ninguna.

Invitáronme á descansar, y uno que empinaba una bota ofrecióme un trago.

Cuando, respondiendo á sus preguntas, les hice saber que era fotógrafo y les invité á que se dejaran retratar, accedieron á mi deseo y obtuve unas instantáneas del pintoresco grupo.

Y no ocurrió más. Indicaronme el camino del pueblo y dejáronme marchar tranquilamente, no sin permitirse alguna broma acerca de mis condiciones de jinete.

—¿Será esta la famosa partida?—iba preguntándome yo, dirigiendo hacia La Roda los pasos de mi cabalgadura por la vereda que, serpenteando entre los árboles y las matas, se ensombrecía al anochecer.—No; estos hombres serán contrabandistas, que esperan que la noche cierre para introducir el alijo. ¿Pero cómo se atreven á ir en cuadrilla y con armas, sabiendo que la Guardia civil tiene orden de recibir á tiros á los que se les presenten con aspecto de una partida armada?



EL CABO ROMANO
Comandante del puesto de Setenil que persigue tenazmente á la partida del «Vivillo».

Y como no había de encontrar fácilmente la solución, decidí cortar mis reflexiones y, espoleando al caballo hasta obligarle á galopar, di pronto con mis molidos huesos en la posada de La Roda, donde pasé la noche durmiendo como un bendito.

Al amanecer del siguiente día púseme nuevamente en camino para Setenil.

Me llevaba el propósito de retratar á todo trance á Pedro Guzmán, una de las víctimas del «Vivillo», y algunos otros de los que habían tenido intervención en el asunto y quería también intentar la reconstitución de una de aquellas escenas del bandolerismo en el propio sitio en que ocurrieron.

Innumerables y suficientes para rendir el ánimo más tenaz fueron las dificultades que me opusieron, pero mi insistencia fué mayor y conseguí con ella vencer los escrúpulos y temores de los interesados.

También pude lograr que algunos campesinos se prestaran á ser retratados en la propia Cañada del Boquerón, tendidos y amarrados en la misma forma en que lo fueron las víctimas auténticas del «Vivillo» y su partida, para lo cual me serví de las indicaciones del señor Guzmán, uno de los robados por el ya famoso bandido.

Cuando de regreso á Madrid me detuve en Bobadilla para tomar el tren, supe por un teniente de la Guardia civil que el día antes, las fuerzas que persiguen al «Vivillo» anduvieron á tiros con la partida cerca de Montoro, sin lograr otro resultado que dar muerte á algunas de las caballerías que llevaba.

José Campúa.

Forma en que el «Vivillo» y su partida ató á siete de sus víctimas en la Cañada del Boquerón.
(Reconstitución hecha en el lugar del suceso.)

Golfo: origen de esta palabra

(Conclusión.)

Con el texto del cronista de D. Pedro III y con las indicaciones de Menéndez y Pelayo, que lo analiza, se define muy bien la personalidad de los *golfines:* «no eran unos merodeadores vulgares»; su procedencia social los define como «hombres de *paratge* y sin patrimonio alguno, ó bien disipadores de sus rentas, arruinados por el juego ó prófugos por alguna fechoría»; no tenían otro oficio que el de las armas *(«no sabiendo otra cosa que hacer»)*, y eran «muy buenos hombres de armas, aunque por la mayor parte aventureros desalmados y de obscuro origen».

Nada de esto es sorprendente, y es más, tomando en cuenta la diferencia de épocas, el tipo de bandolero es de la misma significación, tendencias y procederes en los tiempos de los *golfines*, del *Tempranillo* y de los *Juanillones*. Que ciertas clases de progenie aristocrática ó guerrera, á las que pertenecían, en el bandolerismo catalán, por ejemplo, Roque Guinart y D. Juan de Serrallonga, figuren en la historia del bandolerismo, es una peculiaridad sin importancia. Las tradiciones bandoleras de los españoles son muy lejanas, como lo precisa muy bien, en sus *Antigüedades ibéricas*, D. Joaquín Costa, y si en lo antiguo los pastores ibéricos, dedicados constantemente á las luchas de *abigeo*, constituían los guerrilleros de aquellos tiempos, en los posteriores se repiten sucesos análogos. Recuerdan la tradición del bandolerismo pastoril ibérico los bandoleros que detienen al escudero Marcos de Obregón en «la Sauceda de Ronda, donde hay lugares y soledades tan remotas, que puede un hombre vivir muchos años sin ser visto ni encontrado si él no quiere». Eran éstos «la más mala canalla que había en el mundo en aquel tiempo, que *en hábito de vaqueros* andaban trescientos hombres robando y salteando á quien no se defendía y matando á quien se defendía». «Como aquellos *bandoleros ó vaqueros* tenían aquella Sauceda por defensa y sagrado, vivían como gente que no había de morir, sujetos á todos los vicios del mundo, rapiñas, homicidios, hurtos, lujurias, juegos, insultos gravísimos; y por ser grande, que tiene aquella dehesa diez y seis leguas de travesía, y por algunas partes tan espesa de árboles y matas que se pierden los animales por no acertar á sus habitaciones, no tenían temor de Dios ni de la justicia; andaban sin orden ni razón cada uno siguiendo su antojo, si no era cuando se juntaban á repartir los despojos de los pobres caminantes, que entonces había mucha cuenta y razón».

Son bandoleros, en cualquier época en que se manifiesta el bandolerismo todos los que tienen algún motivo ó alguna inclinación que los desgarra de la vida civil, contando á la vez con disposiciones propias para la vida montaraz. En esta clasificación se comprenden todos los individuos que se inclinaron á tal vida, aunque procedan de muy diferentes clases sociales.

Son regiones bandoleras, perpetuo teatro del bandolerismo siempre que ha habido ocasión de que se fomente y desenvuelva, aquellas soledades donde «puede un hombre vivir muchos años sin ser visto ni encontrado si él no quiere», pero con la circunstancia de permitir fácilmente el despojo ya en las riquezas naturales del campo, ya en los pueblos ó en la riqueza transportada. Si cuando los *golfines* se desenvolvió el bandolerismo en Toledo, Ciudad Real y Talavera, el mismo teatro ha servido después hasta fines del siglo XIX.

Son circunstancias favorables para desenvolver el bandolerismo, las luchas intestinas, las luchas civiles, y en ocasiones el bandolerismo las precede aprovechando los estados de inquietud, y terminadas esas luchas aún suelen quedar los bandoleros en campaña como la última vibración de aquel trastorno. En lo concerniente á los *golfines* se consigna muy bien que «fué que con las alteraciones de los Reynos, guerras que había entre unos y otros, y con los moros que infestaban parte de España»; y modernamente el bandolerismo es coetáneo de la primera y de la última guerra civil y de toda clase de intestinos disturbios.

Ahora bien, el significado etimológico de la palabra nos indica que *golfín* aparece conceptuado como holgazán que substituye las actividades provechosas á la producción ó convenientes á la seguridad del país, por otras que perturban el orden económico además de otros órdenes sociales, toda vez que las luchas bandoleras son esencialmente luchas de despojo, de la misma naturaleza que las realizadas en su beneficio por los pueblos guerreros en asechanza de los pueblos productores.

Esto tiene valor para apreciar el genuino concepto con que la palabra revive después de inumerables años de desuso, siendo tan propio y bien expresado decir *golfinear* — si se pudo decir alguna vez — con referencia á quienes se aventuraron á la vida airada, como si hoy se dijese *golfear*, para comprender la vida de los que recurren al limosneo callejero, á las artes de la picardía y á vivir anchamente y á su gusto y capricho.

Célebres falsificadores

Ya cayó en poder de la Policía el célebre estafador Galley, juntamente con sus dos cómplices. Un telegrama de París así lo noticia y del interrogatorio á que por el juez fué sometido, resulta que Galley no niega y sí declara haber *conseguido* bastante dinero de diferentes Bancos por medio de letras falsificadas por él.

Esta noticia trae á la memoria hechos criminales llevados á cabo por los más célebres y temidos falsificadores James Towushead Saward (a) *Penman* y Carlos Becker.

El primero era un hombre de excelente educación y distinguido porte, de una vasta instrucción; era un consumado artista, un notable químico y poseía el título de abogado; dedicóse á falsificar documentos y empezó por inventar un procedimiento para borrar la tinta de los cheques sin que el papel ni nada sufriera el menor detrimento. Tal invento tuvo empeño en comprársele una fuerte Asociación de falsificadores, los que llegaron á ofrecerle 80.000 pesetas, que *Penman* rechazó; pero, en cambio, les ofreció su apoyo, y fué tanta la popularidad y fama que adquirió entre los ladrones y gente *non sancta*, que todos acudían á él en demanda de sus servicios, y bien pronto su invento, con poco trabajo y menos riesgo, le produjo bastantes miles de francos. Mas un hombre de tanto ingenio no podía prestarse á trabajar para otros, y cuando pudo reunir la cantidad de 150.000 francos, se lanzó al gran mundo y empezó á trabajar con letras sobre el Banco de Londres, que bien pronto, y por las transformaciones de tanta consideración con que aparecían, pusieron en alarma á la Asociación de Banqueros y cambiaron la forma y papel de las letras de crédito. Esta reforma fué inútil, pues *Penman* las falsificaba con la misma facilidad. Recurrieron después á los números perforados, con resultado también negativo.

Por este sistema llegó *Penman* á hacerse de una inmensa fortuna, con la que regresó á Londres, estableciéndose en un magnífico hotel, desde el cual, y valiéndose de *amigos fieles*, continuó sin exposición estafando y comerciando con objetos robados. Prestaba también grandes sumas de dinero á los ladrones que lo necesitaban para emprender algún negocio, cuyas cantidades le eran devueltas con un aumento considerable. Dicen que *Penman* fué el que facilitó al ladrón *Agar* 33.000 pesetas para el robo del Banco Nacional de Nueva York, recibiendo, después de efectuado el robo, una cantidad tres veces mayor que la anticipada.

Carlos Becker, notable falsificador americano, después de haber sufrido cinco años de condena, está constantemente asediado por todas las Sociedades de Banqueros solicitándolo para un buen empleo, llegando á ofrecerle como sueldo un agente de una importante casa de banca de Chicago, la exorbitante cantidad de 165.000 pesetas, teniendo como única obligación, el examinar todas las letras, cheques y billetes sospechosos y decidir si eran falsos. Los banqueros yanquis, llenos de terror, también desearon tenerle á su servicio y la mayoría de ellos le ofrecieron crecidas sumas de dinero para que no prosiguiese su carrera criminal.

Es Becker verdaderamente temible; conoce todos los secretos de la Banca, está perfectamente educado, conoce infinidad de idiomas, es un talento en caligrafía y una notabilidad para descubrir falsificaciones; estas cualidades le hacen ser el hombre ideal para un banquero, por

lo que está tan solicitado, mas él no acepta, rechazando todas las proposiciones que le hacen, por parecerle ridículos los sueldos que le ofrecen, pues él calcula en unos tres millones el sueldo que saca *trabajando* por su cuenta.

Un mosquetero en la Chartreuse.

Los *chartreux* están de moda.

Por causas diversas que es inútil nombrar aquí, llama la atención del público su género de vida misteriosa, y sus capitales amasados en siglos y sobre el tipo anacorético, que ellos han perpetuado hasta nosotros.



¡Qué prudencia, qué altiva indiferencia la suya!

Algunos opinan que en ningún caso hacen nada para que se ocupe de ellos el género humano y que su principal virtud podría muy bien ser el arte de ocultarse.

Tenemos como prueba las aventuras de un *chartreux* del siglo XVII, que, al contrario de las de dom Michel y de dom Rey, se llamaban justamente *Las aventuras de un chartreux mosquetero*. Aquél, por su fama, no pasaba de incógnito Cambiaba de personalidad como de camisas y ponía en cada una cuanta publicidad podía.

En el año de gracia de 1643 había en la Chartreuse de Saint-Pierre, cerca de Besançon, un religioso de esta Orden, que contrastaba con el mutismo y enterramiento voluntario de sus compañeros en San Bruno.

Se llamaba Juan de Vatteville y pertenecía á la antigua familia noble de ese nombre.

Hijo de un maestre de campo, jovial y cazador, valiente hasta la temeridad, no desmentía en nada su sangre. Había convertido su ermita en un retiro confortable, con salón y despensa, y el resto le servía de. . ventorrillo.

Saltaba á todas horas las tapias elevadas del monasterio y atravesaba la capital de la Franche-Comté, donde su gentil figura hacía resaltar su traje de religioso, que no dejaba sino cuando quería pasar inadvertido entre tantos alemanes, españoles y flamencos como había en aquella época en la vieja y pintoresca ciudad.

La túnica de fina seda blanca, el cinturón flotante de la misma tela, la muceta llevada á maravilla, con su alta talla en las largas espaldas y su pecho de bandido... no le molestaba para manejar los puños ó la espada cuando lo necesitaba con sus rivales en calaveradas. Levantaba en ese caso sus mangas y los brazos del calavera aparecían; retiraba su túnica y se le veían sus botas anchas á lo mosquetero.

Una hermosa noche que se retiraba algo ebrio á su monasterio, su *trou à priailles*, como él decía, había saltado el muro cuando se encontró con la faz severa de su prior.

—Os perderéis, hermano—le dijo este santo hombre.

—Eso me recuerda—respondió nuestro héroe—que, en efecto, he perdido alguna cosa: una de mis más queridas penitentes... ¡Bah! la iré á buscar mañana. Buenas noches, mi reverendo.

Y nuestro Rabelais capitán se fué á echar en la cama y á roncar con una tranquilidad de alma que no turbaron los toques de las campanas. Tenía acerca del oficio canónico ideas particulares. Pero al día siguiente, como se dispusiese á saltar las tapias, encontró una guardia.

Los hermanos legos de la comunidad, colocados allí bajo las órdenes del prior y armados de rebenques, le prohibían la salida. Entonces se dirigió al prior y le dijo:

—Teneis allí una singular canalla por regimiento. No me creía en lugar tan mal habitado.—Y sacando del cinturón un



pistolete, lo disparó sobre el infortunado general improvisado y saltó las tapias con más ligereza que nunca.

¡Matar á un prior, y un prior *chartreux!* El delito era de los que no se perdonaban y más siendo *chartreux* de noble raza.

Vatteville no tuvo más remedio que huir, después de haber hecho acopio de dinero en casa de un pariente, y se dirigió á Hungría. Llegó allí sin peligro y se fué á Constantinopla.

Después de esto, no es de extrañar que nuestro hombre fuera favorecido por la fortuna, que ama á los audaces.

Se puso al servicio de Turquía y fué general. Siendo gobernador de Morée venció á los Venitiens y á los Hongrois, volvió á país cristiano, hizo la paz con el Papa, ayudó mucho á Luis XIV y obtuvo de éste el arzobispado de Besançon, que el soberano Pontífice le hizo cambiar por la abadía de Beaume-les-Dames.

He aquí, después de una vida tan completa, cómo murió á los noventa años, no de remordimientos, sino de indigestión.

En passant.

Así pudiera titularse un nuevo procedimiento de apropiarse lo ajeno.

El caso tipo se acaba de dar en París.

Mlle. María Bousset, linda costurera, regresaba á su domicilio. Muy cerca de él, vió pasar á dos jóvenes en bicicleta, uno de los cuales, sin descender de la máquina, *rápidamente, radicalmente, brutalmente*, se apoderó del bolsillo de la joven, en el que ésta llevaba una centena de francos.

A todo pedal, ladrón y acompañante huyen. La modistilla prorrumpe en gritos de ¡al ladrón!, ¡al ladrón!, y un gendarme que los oye, trata de cerrar el paso á los fugitivos; pero éstos, que ya habían dado muestras de sobrado atrevimiento, no se dan por vencidos, y en tanto el uno escapa, el otro hace un disparo de revólver sobre el gendarme, librándose éste gracias á rápida maniobra en dos tiempos: 1.º, movimiento de cuerpo hacia la derecha; 2.º, fuerte puñetazo en las narices del caco, obligándole á caer en tierra, para ser amarrado y conducido al Depósito.

¿Se quieren robos más *modern style?*

El arte de robar.

El robo á la moderna.

Hace algún tiempo compareció ante un juez un sujeto, jugador de oficio, á quien el magistrado había tenido ocasión de conocer en otros tiempos en los círculos... sociales.

El tal sujeto se hallaba demacrado, mal vestido, en una palabra, en un estado tal, que revelaba, desde luego, lo angustioso de su situación.

El juez le pidió noticias de su vida, diciéndole:

—¿Qué? ¿no marchan bien los negocios?

—¡Desgraciadamente, marchan bastante mal! y añadió: —¡Ahora todo está cerrado!

Esta última frase fué dicha con un acento que revelaba tanta indignación como amargura.

Aquel hombre era una víctima del progreso. Se trataba de un jugador de ventaja.

El sacar los relojes del bolsillo y extraer las carteras cortando la prenda por debajo del bolsillo, á fin de que éstas pudieran caer por su propio peso, es un sistema grosero y anticuado, que está llamado á desaparecer y que dispensa poco ó ningún honor á quien lo practica

Para ejercer el robo en esta forma, ó lo que es igual, para resultar un verdadero jugador de ventaja, se necesita cierta distinción, cierta cultura y determinados conocimientos de psicología. Para realizar esta índole de trabajos se hace necesario un detenido estudio y un profundo conocimiento del corazón humano, á fin de que en vez de ir á buscar de un modo directo el dinero al bolsillo, se adquiera sin violencia de ninguna índole y dentro de la forma más exquisita y correcta. El jugador de ventaja necesita ser, á más de un hombre de buena educación y exquisito trato, lo que se puede llamar un verdadero filósofo. La ley de 1901 es la que ha protegido más á este nuevo arte. Al crear la libertad de asociaciones, ha creado la libertad de fundar círculos. El antiguo sistema de autorizaciones, que permitía verificar registros, ha caído en desuso.

A la administración de justicia, hoy impotente, sólo le quedan dos caminos: ó ampararse en el art. 410 del Código penal y cerrar todos los círculos, porque en todos se realizan igualmente los juegos prohibidos, arruinando de este modo, en provecho del extranjero, muchos centros, poblaciones y balnearios franceses, ó hacer la vista gorda y resignarse á no aplicar las leyes, dejando la cuestión en completa libertad. Esta última determinación ha prevalecido, por lo cual el número de círculos es mayor cada día. El número de ladrones está en proporción directa con los círculos.

Estos sujetos resultan realmente en extremo simpáticos.

Comen al lado de usted en el hotel, traban conversación, le ofrecen á usted un cigarro, y, una vez que se ha tomado el café, le dicen con un estudiado descuído y con la mayor naturalidad del mundo:

—Voy al círculo. ¿Quiere usted venir?; puedo presentarle.

Y al ir usted debe ignorar que el círculo ha sido quien ha pagado el cigarro, de cuya atención ha sido usted objeto por parte del recién conocido y el cual vive á expensas del círculo solamente y viste y calza con verdadero lujo y elegancia.

Algunas veces, en vez de *gancho*, es una *gancho* la encargada de desempeñar la comisión, pues resulta con frecuencia que el que no acepta la invitación de un caballero, no se siente con las mismas fuerzas cuando la invitación le es dirigida por una dama.

Cuando usted entra en el círculo ha costado usted ya bastante dinero á sus dueños; es necesario, pues, el desquite, y para hacerlo suelen emplearse diferentes medios. Lo mejor que le puede á usted suceder es que la explotación se verifique metódicamente por la sociedad regularmente constituída para el monopolio de la banca.

Más de una empresa hay montada en forma tal, en combinación y connivencia de la administración de los casinos.

Los accionistas especulan por la inferioridad del punto al luchar éste frente á frente con el banquero, el que, por lo regular, da al gerente ó representante del círculo una cantidad determinada ó bien un tanto por ciento de las utilidades. El gerente ó representante ha de ser siempre persona, no sólo de probada inteligencia en esta clase de negocios, sino que debe resultar de la mayor confianza para los accionistas ó propietarios. Entre las varias pruebas que ha de verificar para demostrar reune condiciones suficientes para el desempeño de tal cargo, se necesita conocer y practicar con suma destreza y habilidad exquisita toda clase de *ventajas;* y advertir, desde el primer momento, el caso, que suele ocurrir con demasiada frecuencia, de que un americano ó un fastuoso inglés saque con el más perfecto disimulo un espejito que, colocado sobre las rodillas, le permite ver, no obstante las precauciones con que el banquero debe manejar la baraja, en qué sitio puede encontrarse la carta que convenga á su juego.

Al concluir la velada no hay que pensar siquiera en que no se encuentre usted en pérdidas. ¿Qué sólo piensa usted en marcharse? Nada de eso; en lo que usted piensa es el desquite. Entonces la casualidad hace que oiga usted la conversación que sostienen unos cuantos que se encuentran á su lado, los cuales se quejan de lo temprano que se concluye la partida, y dicen que están dispuestos á ir á continuar jugando á otro lado. Esta casualidad comienza usted por creerla providencial, y no cabe la menor duda de que concluirá usted por encontrar el desquite.

Comienza usted por pretender formar parte de los que dicen que van á otro lado á continuar jugando; ellos le manifiestan las muchas dificultades que resultarán, seguramente, para que usted pueda ser unos de tantos; pero tenga la seguridad de que todas estas dificultades concluirán por allanarse.

Luego, hasta la mañana, en la habitación de una casa cualquiera, en la fiebre por que está usted embargado, llevado por el vértigo de la pérdida, verá usted cómo, sin interrupción, el banquero tiene cinco cuando usted cuatro, nueve cuando abata usted con ocho, y cuando haya hecho usted *bacarrat*, lo menos tendrá él una, y no digo nada en el caso que tire una ruleta cubierta, en la que la bola, siguiendo un camino hábilmente calculado, irá á caer en el casillero de un número que no ha de ser, seguramente, con el que usted pueda ganar. Incapaz de reflexionar, sin fuerza de voluntad para poder contenerse, comienza por poner primero cuantas monedas de oro y plata lleva en los bolsillos; concluídas éstas, recurre usted á los billetes de cien francos, después á los de mil, y cuando su cartera ha quedado vacía y en los bolsillos no le queda un solo céntimo, recurre usted al crédito, juega bajo su palabra de honor, sin darse cuenta de que lo que hace usted es arruinarse.

Al día siguiente, y una vez libre del vértigo que durante la pasada noche le ha embargado, concluye por darse cuenta de todo lo ocurrido y comprende que ha sido víctima de una estafa, por lo que da cuenta del hecho á las autoridades, que fué lo que hizo no hace mucho el hijo de un pretendiente al trono de cierta nación, á quien dos caballeros dieron una *encerrona* en cierto hotel de Menton y concluyeron por estafar por el mismo procedimiento empleado con usted.

Pero resulta siempre que es muy difícil de probar el hecho, y, por lo tanto, no hay manera de poder castigarlo.

Lo mismo sucede con esos caballeros que eligen para campo de sus operaciones los ferrocarriles y viajan en un coche de primera; pero que esto no resulta un inconveniente para que se trasladen á uno de segunda ó de tercera ó donde quiera que vaya la presa desde luego por ellos olfateada, la que es muy difícil deje de resultar víctima de sus habilidades y destrezas.

La verdad es que en este punto la legislación es muy deficiente, pues hasta ahora apenas si hay modo de evitar que cierta índole de robos, por la forma en que se realizan, no concluyan sus autores por salirse por entre las mallas de la ley.

Es, pues, necesario de todo punto que respecto á estos y otros delitos análogos se tomen determinadas medidas, para que á ciencia y conciencia de los mismos jueces, por no hallar manera de aplicarles castigo alguno, no resulte impune esta índole de caballeros de industria.

*
* *

Los que eligen para campo de operaciones los grandes hoteles y principales balnearios, comienzan por presentarse en estos establecimientos con gran boato, y, por lo general, al inscribirse en la lista de viajeros lo hacen con el título de barón ó conde, por lo menos.

Desde el momento en que se instalan en el establecimiento se fijan en la persona que por su aspecto y modo de manifestarse debe llevar consigo riquezas, tanto en alhajas como en dinero.

Para esta especie de examen ó elección hay que tener en cuenta, á más de su perspicacia natural, su experiencia en el

negocio, por lo que no hay temor de que puedan llevarse un chasco eligiendo una persona á quien ha creído poseedora de mucho y después resulte que sólo tenía objetos de escaso valor y apenas si algún dinero.

Hecha la elección y vista á ojo de pájaro la habitación que la futura víctima ocupa, el *caballero* hace constar, de modo que todos en la casa se enteren, que padece una fuerte indigestión, por lo que su presencia en los pasillos á nadie causa extrañeza.

Y, en efecto, vestido de negro de pies á cabeza, y este detalle del color de la ropa es de suma importancia, va y viene en diferentes direcciones, hasta que halla modo y oportunidad de entrarse en la habitación de la persona con antelación designada y se esconde debajo de la cama, donde, gracias á lo obscuro del traje, es muy difícil se le distinga en la sombra, y allí permanece hasta que se asegura que el otro está completamente dormido.

Entonces sale con el mayor sigilo y comienza por asegurar, por medio de algunas pulverizaciones de cloroformo, el sueño del otro, hecho lo cual, enciende la luz y comienza la busca y captura de cuanto posee el individuo, con toda tranquilidad.

Esta clase de ladrones son muy pocos los casos en que unen al robo el asesinato; jamás abandonan el establecimiento al día siguiente de cometer el robo, porque al hacer esto podían despertar sospechas.

Unicamente van á comer ó á almozar á una estación inmediata, por haber recibido invitación por medio de un telegrama, para pasar el día en algún punto próximo.

Los cómplices se encargan de transportar todo lo robado, y el titulado barón ó conde continúa pomposamente en el establecimiento, en espera de repetir la suerte tan pronto como se presente ocasión para ello, ó se marcha, cuando lo considera oportuno, en busca de nuevas aventuras. – *Goron*.

En el presente número comenzamos la nueva novela Los dramas de París dando 16 páginas, ó sea 8 extraordinarias.

Diccionario del caló

Lenguaje de los criminales

(Continuación.)

Caló.	Castellano.
Pandelar.....	Oprimir.
Pandelaró.. .	Opresor.
Patulé... ...	Pastor.
Platesqueró...	Patio.
Patimachí....	Pata.
Pascallicó ...	Pasado mañana.
Palillí.......	Pascua.
Plasarar.....	Pagar.
Plasarí	Paga.
Plusaró......	Pagador.
Picosa.......	Paja.
Pichó	Pañuelo.
Puñis........	Penas.
Pregeté.	Peregil.
Pergolito ...	Peregrino.
Poste.. .. .	Pecho.
Penchavar...	Pensar.
Penchabo....	Pensativo.
Postín.	Pelleja.
Postí.... ..	Pellejo.
Pisjundí......	Pimiento.
Pispirí.......	Pimienta.
Pruscatiné,. .	Pistola.
Punsabar.....	Picar.
Punsabela. ..	Picada.
Punsabó.....	Picador.
Pinré........	Pie.
Puscalí......	Pluma.
Prensanó.....	Pliegue.
Presas.......	Porque.
Per.........	Por.
Playí........	Porfía.
Parcharíqué ..	Porfiado.
Praco	Polvo.
Pontesqueró..	Pontífice.
Puerto.	Posada.
Pruchelar....	Preguntar.
Prefiné......	Preciso.
Pucanar.....	Publicar.
Pucanó.. ...	Público.
Pucaní..... .	Pública.
Pajumí.... .	Pulga.
Perpeñí......	Puente.
Pirandón.....	Putero.
Pancherito. .	Quinto.
Parrablé.....	Recato.
Parlo........	Reloj.
Pechislá.....	Sacristán.
Pesqui.......	Sagacidad.
Percañabar...	Sepultar.
Prejenar.. ..	Sentir.
Prejeneto . ..	Sentimiento.
Pacharracar..	Sembrar.
Piastarar.....	Seguir.
Percabaor....	Sepulturero.
Parín........	Sombra.
Perplejó.....	Susto.
Peñaspé......	Trabuco.
Forrias......	Tripas.
Pumetelí	Trompeta.
Picote.. ...	Vaso.
Purí..	Vejez.
Puró.......	Viejo.
Pesperincha..	Viuda.
Perifullé.. ..	Bicho.
Po..	Vientre.
Puchel.......	Vida.
Perma..... .	Yema.

Q

Caló.	Castellano.
Querosto.. ..	Agosto.
Quinimar ...	Apaciguar.
Quiglé.......	Abril.
Quelar.......	Bailar.
Quelo.......	Baile.
Queleraló ...	Bailador.
Quejeñá......	Casa de banca
Quiungadoy..	Bisiesto.
Qué.........	Casa.
Quinquiria...	Chinche.
Quillaba.....	Ciruela.
Quinviló.....	Compañero.
Quinvila.. ..	Compañera.
Quinquina...	Cocina.
Quinquinivé..	Cocinero.
Quinar	Comprar.
Quiribí.	Comadre.
Qsiribó	Compadre.
Querelar.....	Convertir.
Quichí.. ...	Cuanto.
Queliben. ...	Declaración.
Quendebre...	Diciembre.
Querelar.....	Ejercer.
Querelao.....	Ejercido.
Quijarí	Estribo.
Quimiñé.....	Fragua.
Quindiá......	Habichuela.
Querar.... ..	Hacer.
Quichardilao..	Manchado.
Quichardila...	Mancha.
Quirdaré.....	Marzo.
Quindalé. ...	Mayo.
Quin........	Miel.
Quilé........	Miembro.
Quinate	Queso.
Quirisindia. .	Santísima
Quejesa......	Sea.
Quesá.	Será.
Quesar......	Ser.
Quesaría.....	Sería.

R

Caló.	Castellano.
Rabelar.	Alabar.
Richange.....	Alcornoque.
Retré........	Alrededor.
Rije..	Anzuelo.
Risgé... ...	Aparte.
Rigelú.......	Apartamento.
Rigelao.... ..	Apartado.
Rijar.......	Apartar.
Resblañarar...	Apedrear.
Resblañí.....	Apedreo.
Rumejar.....	Aprovechar.
Rujemar.....	Aproximar.
Retinatao....	Arrinconado.
Retinatar.....	Arrinconar.
Redomaño...	Astuto.
Resaronomo..	Barato
Rumenda....	Caricia.
Reché	Caña.
Reclé	Cañada.
Rascó..... .	Cangrejo.
Romandiñao..	Casado.
Romandiñarse	Casarse.
Repipoche...	Calabozo.
Rolliche.....	Cerco.
Renliqué.....	Centinela
Reblantequera	Coyuntura.
Roscorré....	Cordero.
Relajá.......	Col.
Retejo.......	Contento.
Retejar... ..	Contentar.
Rapela.......	Cuerda.
Rechipote....	Desnudo.
Rachelar.....	Encontrar.
Rejochique...	Entresuelo.
Rejundí......	Garbanzo.
Romané.....	Gitano.
Rumendiar...	Halagar.
Rumendí.....	Halago.
Rumí........	Mujer.
Repaño.. ...	Nabo.
Rachi	Noche.
Recateré.....	Párpado.
Rilo	Pedo.
Rilar.......	Peer.
Rifián	Peligro.
Retreque. ...	Peste.
Rujemí... ..	Provecho.
Riclar......	Proveer.
Renide......	Rábano.
Randié. . ..	Ratero.
Rubasuncho .	Raposo.
Rubasunchí...	Raposa.
Repurelar....	Resucitar.
Relacrao.....	Remozado.
Rebridar.....	Requebrar.
Rebridaque...	Requiebro.
Rendepé.....	Redondo.
Renicar......	Renegar.
Renicao......	Renegado.
Rechalar.....	Retirar.
Recalbiro	Retiro.
Rebartraque..	Retaco.
Relichí.... .	Redecilla.
Recabao.....	Retraído.
Recabarse....	Retraerse.
Renaquelo...	Repaso.

(Continuará.)

MUSEO CRIMINAL

Se publica en Madrid los días 1.º y 15 de cada mes.

Consta de ocho páginas de texto (como mínimum) dando también números extraordinarios de 12 páginas. Todos los números llevan, además, invariablemente, ocho páginas de novela ilustrada y encuadernable.

Precios: trimestre, 1,50 pesetas.—Semestre, 2,75.—Año, 5.—Extranjero, un año, 10 pesetas.

Para las clases de tropa de Guardia civil, Carabineros y personal subalterno del Cuerpo de Seguridad, de la Judicatura, Cuerpo de Prisiones y Policía: **una** peseta trimestre.

BASES DE SUSCRIPCIÓN.—1.ª El tiempo mínimo de suscripción es un trimestre. 2.ª La suscripción se considerará continúa indefinidamente en tanto no se reciba del suscriptor aviso en contrario. 3.ª Los avisos de baja han de recibirse precisamente en esta Administración con quince días de anticipación á la fecha en que termina la suscripción. Las reclamaciones, dentro de los ocho días para la Península y quince para las islas: después no serán atendidas. 4.ª Los cambios de destino deben avisarse antes de efectuar el traslado de residencia.

Toda la correspondencia debe dirigirse al Director del MUSEO CRIMINAL, apartado en Correos núm. 336. Madrid

MADRID.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316.